

Carta de Venezuela

Esperando a Golpot

Mi amigo Omar me llama desde Caracas: «¿Hay un alzamiento en Mérida?». Pero qué dices, chico: lo que hay es Carnaval y uno espantoso, pues coincide con la celebración más furiosa de esta ciudad habitualmente tranquila, la Feria del Sol, en que a los merideños —y a miles de visitantes— les da por disfrazarse de españoles, beber en bota a pleno sol y correr a los toros, como si fueran figurantes de *Bienvenido Mr. Marshall*. No, alzamiento no hay. Sí, muchos niños van vestidos de soldados. No, es poco probable que sean enanos, pequeños generales, pequeños coroneles, pequeños capitanes infiltrándose so capa del sano jolgorio popular. De nada. Y a cuidarse.

Mi amiga Sonia me llama desde Barquisimeto. ¿Pero no estabas en la playa? «¿Qué playa ni qué playa! El nuevo golpe es para el jueves. Saca dinero del banco porque van a congelar las cuentas. Haz provisiones. No viajes». Gracias. Y... ¿cómo lo sabes? «Me lo dijo un paciente». ¿Un loco, Sonia? (Ella es psiquiatra). «Ya te he explicado que no son locos. Además, a él se lo dijo el gerente de un banco y yo lo confirmé con mi prima que, tú sabes, sale con un militar». Saqué dinero del banco. No viajé. Intenté llenar el arca pero millares de amas de casa intentaban lo mismo y lo lograban mejor que yo. Entre los empujones y mi falta de imaginación res-

pecto a lo que deba ser una despena anticatástrofe, volví cargado de latas de maní y salchichitas, frascos de encurtidos, paquetes de patatas fritas, varias botellas de vino y otras tantas de ron. Mi mujer creyó que preparaba alguna fiesta. «¿O vas a celebrar el golpe?». Ya estaba dicho. Sólo espero que los vecinos no piensen lo mismo...

Mi primo me llama desde Maracaibo: «Esto aquí está muy raro». Violeta, desde Caracas: «¿Viste la noticia del robo de armas en el Fuerte Tiuna?» (un enorme complejo militar, a la entrada de la capital), «¿la viste?». ¡Sí, claro que la vi, cómo no voy a verla y, además, las tropas están acuarteladas en todo el país! «Pues nada de robo: fue un batallón que se alzó». Pero, Violeta, la prensa no ha dicho nada. «¿Qué van a decir! Después de la censura, la autocensura». ¿Compro más salchichitas?

★

Del golpe del 4 de febrero, el ciudadano común —yo entre ellos— sabe poco. Las cifras oficiales de muertos —una treintena— son ridículamente bajas. Las de oficiales, suboficiales y soldados detenidos —poco más de un millar— no parecen abarcar ni de lejos a la totalidad de implicados. La lección del 27 de febrero de 1989 dominó a la televisión, en la que casi no hubo imágenes de lo sucedido (para evitar el «mal ejemplo» de los saqueos de hace tres años, ampliamente difundidos por los medios audiovisuales al principio y que, se piensa, propiciaron la repetición de tales hechos). Efectivamente, la censura funcionó. Probablemente, algo de autocensura siga operando.

Se han publicado muchas noticias, relatos y testimonios, pero siempre parciales: es prácticamente imposible armar una visión de conjunto, coherente, digamos verosímil, sobre lo sucedido. Y la prensa extranjera ha llegado mutilada: limpiamente cortados a tijera los artículos en cuestión.

Sin embargo, se ha dado cabida a toda una serie de opiniones que, pasada la conmoción inicial, parecen inclinarse cada vez más en favor de los golpistas, ya que no del golpe en cuanto tal. Desde incontables muestras de simpatía hasta numerosas peticiones de indulto llenan la prensa. Y hay una actitud de vigilancia hacia lo que les pueda pasar.

En Venezuela, lo del golpe era prácticamente una broma, que provocaba escépticas sonrisas regularmente desde

hace por lo menos un año. Desde luego, la preocupación de Arturo Uslar Pietri por su eventualidad iba muy en serio. Y sigue siendo seria su postura beligerante frente al gobierno. De alguna manera, la urgente situación ha «desempolvado» al viejo humanista, al erudito amablemente divulgador, al —para mí aburrido— novelista histórico, convirtiéndolo en la conciencia crítica más destacada del presente. Llamarlo «conspirador de oficio», como ha hecho un personero del partido en el poder, es menos que vil: es estúpido.

Pero, de veras, ¿quién iba a querer dar un golpe en Venezuela? ¿Quién iba a querer agarrar por el mango esta sartén ardiente? Nadie se lo imaginaba porque nadie, tampoco, era capaz de inferir la existencia de estos jóvenes militares —casi ninguno supera los cuarenta años— «de cara limpia»: no participaron en la represión antiguerillera de la década del sesenta; abominan de la corrupción —incluida la castrense—; se declaran «ejército popular». En las entrevistas —el que hayan salido en la prensa le costó el cargo al comandante del Cuartel San Carlos, donde están detenidos los líderes del golpe— sonríen con calidez, rodeados de sus familiares. No son gordos entorchados de opereta; tampoco supermusculosos rambos. Y hasta es probable que sus torpezas operativas, eso tan humano del fracaso, haya jugado en su favor.

Por otra parte, su pensamiento sigue siendo vago. Remitirse a Bolívar —nuestra Biblia y, como ella, tan útil para todo— nada aclara. No parecen mala gente, de acuerdo. Pero ¿y...?

★

Pasó, pues, «la intentona». Y se vive esperando la siguiente. Mientras tanto, su recuerdo sirve para justificar cualquier cosa. La Intentona es una ominosa señora gorda. Cuando fui a comprar *El País* dominical del 9 de febrero, la Intentona resultó la única explicación que me dieron del aquel periódico picoteado. Vuelvo al supermercado: no había azúcar ni leche en polvo. La Intentona. Que ahora golpea también en el dominio cultural. Porque el nuevo gerente general de la editorial Planeta en Venezuela, el recién llegado Joan Sbert, acaba de declarar que todos los proyectos en el país «han sido congelados como resultado de la situación política, social y económica de los últimos días, lo que obliga a dete-

nerse para pensar un poco». No dijo La Intentona —lo cual lamento— pero casi.

Piense, señor Sbert, que no hace daño. «En Venezuela las ediciones son de mil a tres mil ejemplares, un buen libro de Herrera Luque alcanza los 15.000 ejemplares. Pero en Colombia, un libro como *El hueco*, de Germán Castro Caycedo, vende más de 150.000 ejemplares», ha dicho.

Y es cierto. No, no es cierto: es, realmente, un eufemismo. El señor Sbert ha sido parco o no sabe dónde —¡en qué abismo!— está parado. Pero eso no tiene nada que ver con La Intentona. Ya a principios de año Leonardo Milla, de Alfadil, que se ha convertido como en el gran provocador del mundo editorial, después de haber declarado en 1991 que los escritores venezolanos no tenían cotización internacional, volvía a agitar el cotarro insistiendo en que tampoco se vendían dentro del país. Lo que, por otra parte, sabe todo el mundo. Sus palabras coincidían con el anuncio de que 50 librerías habían cerrado en poco más de un año.

No se trata, sin embargo, de que las cifras de venta de los escritores venezolanos oscilen entre mil y tres mil ejemplares. Se trata de que la mayoría no llega a ¡tanto! Los mismos libros ganadores del premio de narrativa «Miguel Otero Silva», patrocinados por Planeta Venezolana, no han superado los mil ejemplares de venta. Y tengo una lista de medio centenar de títulos de autores de entre 30 y 50 años, es decir, de quienes realmente están y seguirán protagonizando la aventura narrativa en el país, que es absolutamente desoladora: sólo uno (una novela policial) alcanza los 5.000 ejemplares vendidos; hay tres (entre ellos, otra novela policial) que se escalonan de 2.000 a 3.000; luego, una docena que ha alcanzado los mil ejemplares; por debajo, un batallón de casi cuarenta títulos —libros de cuentos o novelas, da igual— que ha logrado colocar entre 100 y 600 ejemplares. Obviamente, de todos esos títulos —publicados de 1969 a 1990— únicamente dos han merecido una segunda edición.

Esto en lo que respecta a la narrativa. El ensayo va más o menos por igual camino, si es literario. Y la poesía...

Pero, ¡por favor!, antes y después de La Intentona. Al menos en eso, nada ha cambiado.

Julio E. Miranda

Carta desde Nueva York

Epístola a los norteamericanos

Yo bien sé, y estoy seguro según la doctrina de Nuestro Señor Jesús, que ninguna cosa es en sí impura, sino que se hace impura para aquel que por tal la tiene.

San Pablo, *Epístola a los romanos*, XIV, 14.

Cuando el silencio ocupa el lugar de lo que somos, de lo que quisiéramos ser, de nuestros deseos, cuando hacemos que un personaje, una máscara, hable en lugar de nosotros, cuando tachamos palabras, cuando borramos nombres, estamos negando a una persona con un personaje, un amor con un tópico... A este continuo disfrazarse, eludir, evitar, no molestar, que nos pide la sociedad «civilizada», se le llama educación, modales, maneras, buen gusto y a veces arte... El puritanismo estadounidense encontró en los años sesenta una alternativa a la hipocresía europea: institucionalizar, organizar en rebaños, legalizar, todas aquellas variantes sociales y culturales llamadas «marginales» que reclamaban su espacio propio, su lugar en la sociedad. De este modo, la producción no disminuía, el capital seguía aumentando, el orden social estaba asegurado: en el trabajo «todos éramos iguales», en los clubes, asociaciones, cofradías, cenáculos, congresos, reuniones cada uno hacía lo que su círculo de escogidos quería. A todo esto se le llamó «liberación», cuando en realidad nos estaban clasificando, organizando, reuniendo, amontonando por el color, el origen, la lengua, las «preferencias» sexuales, las tendencias políticas. Treinta años después, cuando vuelve a sonar la alarma de la recesión económica, las crisis

de todos los valores, los demonios del racismo, del puritanismo, irrumpen de nuevo en el corazón de los norteamericanos. Se persiguen (no oficialmente, claro está) a las personas que se niegan a ser clasificadas sexualmente como «normales» y a las mujeres que quieren abortar. Decir «liberal» a un político es una forma de insultarlo; se descuelgan exposiciones porque son un atentado contra «la decencia». El nuevo orden mundial, impuesto por los Estados Unidos y sus aliados, está directamente ligado a una paz puritana.

Los hispanos nos hemos convertido en una amenaza para el americano medio; el español hablado aquí hace temblar a los protectores del inglés como la lengua oficial. Los enemigos de América ya no son de orden político (Cuba es sólo un país empobrecido que terminará, según los EE.UU. haciéndose capitalista), el enemigo es la droga, el SIDA, los degenerados y, en gran parte, en la conciencia del pueblo norteamericano, todo esto está ligado al mundo hispano. Los puertorriqueños que residen en Nueva York han jugado un papel fundamental para conservar e imponer su cultura, su idioma y su forma de vida en el seno mismo de la sociedad de los Estados Unidos.

Manuel Ramos Otero, un escritor sin pelos en la lengua

Manuel Ramos Otero (Puerto Rico, 1948-1990) fue un poeta que vivió en Nueva York más de la mitad de su existencia, hasta que murió de SIDA. Su libro póstumo, *Invitación al polvo* (Plaza Mayor, 1991), es una afirmación rabiosa de la vida. Pero también es un planteamiento más amplio de la identidad del autor como poeta, como puertorriqueño y como homosexual.

En su trayectoria artística lo humano, lo social y lo literario están tan directamente ligados que es muy difícil aislar los tres planos principales de su obra: primero, la reflexión sobre la literatura que hace, tanto en su prosa como en su poesía, es una forma de establecer su propia voz en el concierto latinoamericano posmoderno, a la vez que se detecta una voluntad de abrir el espacio que se merece la olvidada literatura puertorriqueña dentro de la historia misma de la literatura; un

segundo nivel sería el de afirmar su identidad puertorriqueña, tanto en lo intelectual como en lo social; y tercero, el de enfrentarse al puritanismo de su país, como al de los Estados Unidos, a través de su vida y su escritura.

De la tensión que producen estos tres aspectos en la obra surge el núcleo central de su escritura: un personaje cuya máscara es la autenticidad. Esta paradoja, «la máscara de la autenticidad», no es tal si se tiene en cuenta que para Ramos Otero estaba bien claro que no hay arte sin disfraz, que el arte es el artificio, que la fabulación es una forma de afirmación de la realidad. Por otro lado, en su desgarrada y a veces agresiva visión de la sociedad se escondía una ternura y una desesperada búsqueda del amor.

La búsqueda del amor se confunde y metamorfosea en su poesía en puro erotismo, en una descripción cruda del cuerpo y de sus partes con un lenguaje directo, sin pelos poéticos en la lengua. Sin duda se da en todos sus textos una teatralidad que se manifestaba más aún en sus lecturas públicas; mas de nuevo, esta teatralidad era parte de una estrategia artística que le servía al autor para potencializar el valor expresivo de su lenguaje, del mundo personal que él quería establecer a través de su obra.

Varios escritores obsesionaron a Ramos de Otero; uno de ellos era Federico García Lorca. Con el autor español estableció un diálogo poético que estaba cargado de ira y de admiración. Otero se sentía afín al escritor de *Poeta en Nueva York* y de las tragedias rurales, pero detestaba con toda su fuerza la voz de Lorca que emergía en poemas como la «Oda a Walt Whitman». En *El libro de la muerte* (1985), Otero, ataca la visión de la homosexualidad que sostuvo Lorca y establece un diálogo con él, lleno de amor y de odio, que se podría resumir en unos versos del epitafio dedicado al autor granadino: «Soy Maricón del Mundo». Más en su libro póstumo, en el poema 5 de la sección «De polvo enamorado», vemos como a un nivel moral Otero había rechazado la actitud de Lorca, pero sus deudas con *Poeta en Nueva York* siguen siendo palpables.

Tuve la oportunidad de conocer bastante bien a Manuel Ramos Otero, aunque mi natural tendencia a no comprometerme con los círculos cerrados, de cualquier orden que sean, hizo que nunca me considerara como un amigo íntimo suyo. No obstante, tuvimos bastantes discusiones, tanto literarias como sobre la vida en gene-

ral. Las noches que salimos solos en incursiones eróticas o de pura borrachera, él insistía en convencerme de que su autenticidad rabiosa, respecto a lo sexual, era la única forma de vivir y morir dignamente. Yo traté de explicarle más de una vez que hay maneras oblicuas, menos directas, más demoradas, de acercarse al erotismo, las cuales nada tienen que ver con la hipocresía, sino con un modo de gozar del mundo, de nuestras relaciones con el cuerpo.

Manuel era un amante de la velocidad, del vértigo y del rayo que se acerca a otro cuerpo por la vía más rápida. Yo amaba, y amo, los placeres de la contemplación del cuerpo, los juegos de la mirada, las sugerencias del lenguaje que dice y no dice, las situaciones complejas cuyo resultado dudoso puede o no puede ser una noche de amor. Como un rayo se fue Manuel hacia la muerte, con esa prisa, con ese vértigo, que lo caracterizaba; yo sé que en algún lugar me estará esperando, y me regañará, por haberme demorado. Mas por ahora nos queda la obra de Manuel Ramos Otero, breve, intensa y deslumbrante, como un rayo.

El amante norteamericano de Federico García Lorca

Philip H. Cummings, el único amante estadounidense de Federico García Lorca, murió hace unos meses, 17 de julio de 1991. Tuve la oportunidad, en 1985, de charlar brevemente con él. Al año siguiente pasé unos días (entre el 13 y el 15 de febrero) en su casa de Woodstock, Vermont. Creo que llegamos a conocernos bastante bien durante aquellos días (después, por correspondencia y porque hablaba con él por teléfono frecuentemente). Nos separaba la edad, el tenía 85 años cuando murió, y nos unía la admiración por la obra de Lorca y una amplia actitud frente a la sexualidad: Cummings estuvo casado y su esposa, que sabía lo de su homosexualidad, lo entendía todo perfectamente.

Los críticos de la obra de Lorca (y también la familia) habían echado un tupido velo sobre la amistad del poeta con Philip. Ángel del Río confesaba que jamás había podido identificar a este amigo de Lorca, pero cuando en el verano de 1929 Federico visitaba a Philip en Ver-

mont todo indica que del Río estaba bien al corriente de su amistad con el poeta. Con el paso de los años, en 1977, sería una periodista norteamericana, Mildred Adams, la que prestara cierta atención a las relaciones entre Philip y Federico. Y, posteriormente, Ian Gibson, en el segundo volumen de su biografía de Lorca ampliaría algo más la información que ya se conocía.

En general, lo que se ha seguido silenciando ha sido la relación amorosa entre los dos amigos. Por las conversaciones que tuve con Cummings, que fueron siempre muy abiertas y sinceras, me di cuenta de que mientras él estuviera vivo prefería que no se supiera nada de sus amoríos con Lorca; al propio Gibson sólo le habló de su amistad con el poeta granadino, no de sus relaciones sexuales. Creo que ha llegado el momento de hablar claramente, no porque me parezca un «chisme jugoso», sino porque a través de Philip conoció Lorca otra América, muy diferente a la imagen que nos dejara en su *Poeta en Nueva York*, mucho más telúrica y espiritual.

Entre el silencio de Philip, las máscaras y los disfraces de Lorca, y el descaro ético de Ramos Otero, lo que vemos es que el conflicto con la identidad, con la expresión poética de los elementos autobiográficos, el de nuestras relaciones con la sociedad de nuestro tiempo, siguen siendo problemas fundamentales, tanto de la modernidad como de la posmodernidad. La simplificación que se ha hecho de lo que se entiende por «compromiso social», tal y como se expresa en la literatura, impide que se vea a Lorca y a Ramos Otero como poetas sociales, ¿no lo somos todos?, ¿no lo fueron Cernuda o Jaime Gil de Biedma? En estos años, en que el fantasma del puritanismo recorre el mundo entero, creo que es fundamental volver a tomar conciencia de que la poesía posee un valor social; lo cual en absoluto va en detrimento de su calidad artística.

Dionisio Cañas

